Occidentes de luz y de metralla

Aldo Poblete Varas
9 de noviembre de 2026

Arena en la playa, casquillos vacíos, fragmentos de una historia alojada primero en la realidad, luego en la ficción y nunca en la historia. Textos, desde Derrida hasta Klossowski. La moda se gentrificaba y las serpientes digitales exigían transgresiones morales menores y mayores suscripciones a religiones técnicas.

Fuerza motriz del infierno. Las máquinas venían en un formato digno de victorias y de encuentros vestibulares. La corporalidad se mecía por el cosmos literal con un ritmo arcaico, un espíritu griego al compás del golpe crudo de un tambor. Cristales que se esparcen, metáfora satánica de un príncipe encantado. En el texto habita un ser que espera el regreso de las maneras antiguas. Fuerza maligna del impenitente. La radicalidad de la esperanza juvenil, la muerte de la enseñanza y de la experiencia transmitida.

Baltasar Gracián en el borde sintáctico de nuestros gestos, en la mancha, en el borde suave del cañón. Datos incorregibles señalan alguna ciudad de Asia Central. La danza se sostiene. Los soldados esperan que la ventana sea lo bastante ancha para sus sueños de plasticidad y de convergencia.

Más allá de la ventana, acumulación, restauración. Obras de arte elementales incrustadas en el sacrificio y en el salón de la gran dama, fuente de toda la vida y de toda la violencia. Paroxismo de lo ilimitado, sueño del ángel caído.

En la pasarela se delata toda una cultura. Sobrevive y se expande haciendo creer a todos los demás que se desmorona. Ni se desmorona ni decae. Príncipes y princesas quieren un sorbo del trago azul. Allí los suplicios son reales y los dioses todavía acechan, bestias desnudas que deciden lo que ha de suceder.

La música viene de las vasijas y de los camarotes. El fuego eterno que la inteligencia hace posible también permite la niebla y el movimiento vertical. Ese movimiento lleva a muchos al delirio y, más precisamente, al vértigo. A otros los lleva a la poesía horizontal, donde lo esotérico se encuentra con el reparto eléctrico mismo, donde la ecuación se desprende de su forma esquemática y se revela como topología.

Arte de la inundación y del decoro. Allí donde Mishima vio el grito final y Celan la frialdad del tiempo, el siglo largo nos devuelve al pandero y al barro. Semillas y contraindicaciones. Ese mismo siglo nos trajo el juego del perro y el ánimo del reproductor musical. Afinamos nuestra atención y encontramos algo distinto. Las décadas finales, las décadas previas a la gran insurrección de la inteligencia: un último momento de desasosiego, un último momento de desunión. ¿Y por qué pasó todo así? Porque no podía suceder de otro modo. También estas palabras son el reflejo volátil de todo lo que ya existe y ya respira y ya se expande. No las hace existir la voluntad de un solo individuo.

Temblores, occidentes de luz y de metralla, velocidades ocultas a la gran perplejidad colectiva. Las miradas de la aristocracia, las miradas hacia la tierra, por donde se arrastra un ser que huele el alimento sin tocarlo. No toca el alimento porque no sabe leer. Quiere servirse de la vida y dejar que los otros ganen. Que ganen. Para que ellos ganen, lo que debe nacer no debe nacer. Entonces la victoria parece una contradicción, porque la belleza es la hija más amada de los dioses y ellos no perdonarán al miserable que intente ocultar esa luz a los seres que habitan la tierra.

Las inteligencias reían y lloraban en silencio mientras escuchaban el sermón. Entretanto, el filósofo le dijo a su nuevo pupilo: «¿Has considerado que todo esto podría ser el sueño de un ángel que la noche anterior se dio un festín demasiado copioso? De ser así, quizás deberíamos tomarnos estas cuestiones públicas con un poco menos de seriedad».

La filosofía, esclava de su propia ternura, ha quedado expuesta a los animales, ahora un poco menos salvajes y un poco menos inferiores a sus pares humanos, siempre reptando entre reyes o diplomáticos, sedientos de algún vino amargo o de cualquier licor regalado.

Hemos ganado una ventaja, es cierto. Ya no estamos tan cerca del río funerario como hace diez años. Pero todavía estamos en peligro. No sigamos en peligro.